

La beatificación de los mártires y la Congregación

Cardenal Aquilino Bocos cmf

Los Mártires, "aun muertos, hablan todavía". Son pioneros y relanzan la misión de la Iglesia.

Cuando evoco a nuestros Hermanos Mártires de Barbastro, me vienen a la mente estas brevísimas reflexiones de dos filósofos:

"Ninguna vida tiene efecto mayor que la de los mártires; porque el mártir comienza a actuar sólo después de la muerte" (S.Kierkegard).

*"La **muerte regocijada** es el síntoma de toda cultura vivaz y completa, donde las ideas tienen eficacia para arrebatarse los corazones"* (Ortega y Gasset, J: OC, II, 88).

Cuando se inició el Proceso de beatificación, en 1945, Mons. Arturo Tabera, Obispo de Barbastro, dijo: *"Misioneros que predicaron, muchos su primera misión, todos la última, dejando al mundo el auténtico sermón de su alma joven, derramada por Cristo. Como los doce primeros misioneros, los que Él envió a conquistar el mundo"*.

Los mártires no nos enseñan primordialmente a morir, sino a vivir. Pero no de cualquier manera, sino de manera más seria, responsable y radical, según el Evangelio. Su memoria es siempre peligrosa y oportuna. Peligrosa porque pone en crisis nuestro estilo de vida y nuestro modo de servir. Oportuna porque reencienden el fervor vocacional y enardecen los ánimos para secundar los compromisos misioneros.

Mi relato comienza en la visita canónica que realicé a los Misioneros Claretianos en esta ciudad de Barbastro en noviembre de 1989. Vine en nombre del P. General quien me había encomendado que preparase el cierre de la comunidad de Barbastro. La oración ante nuestros hermanos Mártires y otras circunstancias pastorales me llevaron a la conclusión de que no convenía cerrar la casa, sino mejorar y cualificar la presencia claretiana. Y así, a la vuelta a Roma, se lo expuse al P. General y a su Consejo. Todavía no se veía en el horizonte la posibilidad de la beatificación.

En septiembre de 1991 fui elegido Superior General y, a los pocos días, nos notificaron que la beatificación de los Mártires de Barbastro sería el 25 de octubre del año 1992. En aquellos años aun había nubes de reserva sobre los mártires de la guerra civil española. Por las noches estuve leyendo el libro del P. Gabriel Campo *"Esta es mi sangre"*. Observé que los Mártires se dirigían siempre al P. General y a la Congregación entera. Esto me dio ánimo para hablar al Capítulo del valor de nuestra herencia martirial: el P. Claret, otros misioneros mártires y ahora los de Barbastro.

Durante el Capítulo General se había insistido en la necesidad de ensanchar la tienda, es decir, hacer que la Congregación se hiciera presente en otros países necesitados de la Palabra de Dios. En varios encuentros anteriores, Asambleas Generales o Capítulos Generales, se venía constatando que era urgente promover la disponibilidad misionera y abrir nuevos caminos y presencias de evangelización.

Para prepararnos a la beatificación de nuestros Mártires escribí a la Congregación una carta circular titulada **“Testamento misionero de nuestros Mártires”**. En ella recopilé expresiones de sus deseos de anunciar el evangelio en África, América, China y preguntaba: “¿Qué vamos a hacer para que su fuego no se apague? -Somos los depositarios de su Testamento y los primeros destinatarios de su testimonio. No podemos permanecer indiferentes. Es un deber moral *acoger con generosidad su última voluntad*. Querían una Congregación vigorosamente misionera, capaz de hacerse presente en las periferias y fronteras del mundo, allí donde ellos ya no podrían llegar; soñaban una Congregación fiel al seguimiento radical de Jesucristo y a su misión evangelizadora, fiel a la Iglesia católica y a los hombres que sufren necesidad” (n 32).

Entre otras propuestas para la celebración, sugerí un homenaje comunitario no esculpido, ni pintado, ni escrito, sino hecho vida misionera. ¿Por qué no hacer alguna fundación en algún país, que prepare la entrada en China, como homenaje a nuestros hermanos Mártires? Esta fundación habría de hacerse con personal ofrecido voluntariamente. Desde ahora, pues, -decía- invito a cuantos se sientan capacitados para el aprendizaje de lenguas y animados a realizar este proyecto, a que escriban al P. General” (n. 35, 4).

La reacción a esta propuesta llegó a través de una gran cantidad de cartas en las que, sobre todo jóvenes, se ofrecían para ir donde ellos quisieron ir y no pudieron. La memoria de los Mártires suscitó el entusiasmo misionero, la disponibilidad y el compromiso de muchos claretianos.

Un mes antes de la beatificación se reunieron en Roma todos los Superiores Mayores con el Gobierno General. Se les ofreció el Plan de Gobierno para los seis años siguientes. En este Plan se hallaban 10 propuestas de nuevas fundaciones en Asia, África y el Este Europeo. Para algunos era una utopía inalcanzable, algo poco menos que imposible. En las discusiones la invocación a los Mártires fue constante. Creo que el ejemplo de los Mártires de Barbastro hizo posible aprobar el plan. Más aún, durante los doce años de servicio como Superior General, la Congregación llegó a fundar comunidades en 15 países.

Las naciones donde se han establecido nuevas presencias, son Taiwan, que está cumpliendo este año 25 años con el título Mártires de Barbastro, Chad, Rusia, Kenya, Uganda, Tanzania, Mozambique, Zimbabwe, Vietnam, Rep. Checa, Rep. Slovaca, Ghana, Belize, Haití, Bielorrusia. A estas alturas, hay que precisar que tres de ellas no arraigaron y se trasladaron a otros países. En algunas de las fundaciones han sido notoriamente florecientes, de suerte que algunas de ellas forman Organismos autónomos de gobierno y formación.

Otro ejemplo de gran desarrollo de la vida misionera claretiana se halla en la India. Narro esta anécdota a propósito de la beatificación de los Mártires.

A mediados de enero de 1993 realicé la primera visita a la India. Comencé por visitar la comunidad donde se hallaba el P. Franz Xavier Dirnberger, que puede considerarse como el fundador de los dos organismos mayores que teníamos entonces en la India. Porque actualmente son cinco. El Franz Xavier era de origen alemán. Se fue

a la India hacia 1965 sin saber una palabra de inglés. Formó varias generaciones, edificó estructuras formativas y pastorales. Con la ayuda de Alemania organizó la primera Provincia y preparó una segunda. En la actualidad son tres Provincias y dos Delegaciones. Se hallaba en Karumatur, en Tamil Nadu. Cuando le vi, ya estaba en sillas de ruedas. Me pidieron tener un coloquio con la comunidad y los Estudiantes y asistió a la reunión el P. Franz. Le llamaban el “abuelo”. Me llamó la atención el interés que ponía en todo lo que les decía. Como aún estaba reciente la beatificación de nuestros hermanos Mártires de Barbastro, llevé algunas reliquias y recuerdos para entregar a la comunidad y, especialmente, al P. Dirnberger puesto que había trabajado con tanto entusiasmo y plena dedicación a la implantación y desarrollo de la Congregación en la India.

Al hacerle presente mis obsequios, el P. Dirnberger los tomó en sus manos y, con cierta indiferencia, sin ningún comentario, los dejó a un lado. Me sorprendió esta indiferencia. Y me extrañó más aún cuando, por la noche, me invitaron a un acto en el que los seminaristas escenificaron el martirio de sus hermanos de Barbastro. A la vez, me informaron que los estudiantes de todos los centros de la India habían organizado diversos concursos en torno a los Mártires de Barbastro. En mi interior pensaba: todo esto es fruto de lo que el P. Dirnberger les ha transmitido.

Me fui de la comunidad con este interrogante abierto: ¿Por qué aquella actitud de indiferencia del P. Franz X. Dirnberger al entregarle los obsequios que llevaba? Supuse que, al no haber estado nunca en España, le podía sonar a algo ajeno para él. Pero la respuesta a aquella pregunta que me quedó en la visita a Karumathur la recibí al poco tiempo. El 12 de abril de ese mismo año 1993, lunes de Pascua, fallecía el admirado P. Franz X. Dirnberger. Me comunicaron la triste noticia y añadían que, en su habitación, habían hallado unos trozos de sotanas de los Mártires de Barbastro que envolvían el diario de su vida. Esos fragmentos se los habían entregado los Padres de Alemania, que habían estudiado en España, para que le acompañaran durante su misión en la India. Entonces se me abrieron los ojos y pensé: ¿Cómo le iba a interesar los regalos que yo ofrecía si él poseía el precioso tesoro del hábito religioso que habían llevado algunos Beatos al martirio?

Desde entonces, he mantenido la convicción de que los Mártires de Barbastro pusieron sólidas bases a la vida y misión de los Misioneros Claretianos en este gran país.

Concluyo este saludo con las palabras del Papa Francisco:

“«Dios ama al que da con alegría» (2 Co 9,7). Ama una Iglesia en salida. Pero debemos de estar atentos: si no está en salida no es Iglesia. La Iglesia es para el camino, la Iglesia camina. Una Iglesia en salida, misionera, es una Iglesia que no pierde el tiempo en llorar por las cosas que no funcionan, por los fieles que ya no tiene, por los valores de antaño que ya no están. Una Iglesia que no busca oasis protegidos para estar tranquila; sino que sólo desea ser *sal de la tierra y fermento para el mundo*. Esta Iglesia sabe que esta es su fuerza, la misma de Jesús: no la relevancia social o institucional, sino el amor humilde y gratuito”¹.

¹ PAPA FRANCISCO, *Homilía*, 1 de octubre, 2019.

Los Mártires de Barbastro dieron el supremo testimonio de alegría en la entrega. Mons. Pedro Casaldáliga, quien tan íntimamente sintió el influjo de estos Mártires, siendo formador en Barbastro, ha subrayado el radicalismo evangélico de esta Comunidad-Seminario en el himno compuesto para la Beatificación. Dice:

Misioneros de Barbastro,
sangre unida en holocausto
de la casa de Claret,
compañeros de ideales,
seguidores radicales
de Jesús de Nazaret.
(...)
Martirial Eucaristía,
los tres votos, día a día,
os hicieron oblación
en la fragua de María;
y hoy sabéis morir de pie
entre el canto y el perdón,
claretianos en misión
de testigos de la fe. (...).

Que ellos nos acompañen en esta visita al museo donde todos los recuerdos son elocuentes y nos invitan a dar la vida por el Evangelio de Jesucristo.

Cardenal Aquilino Bocos Merino, cmf